

argumento, no ponía freno alguno á las expansiones de su necesaria indignacion; y volviéndose á los que así le calumniaban, deciales como ninguno de ellos era tan odiado de los revolucionarios y ninguno habia hecho tanto para impedir su incremento. Mas la doble posicion que tenia, le condenaba forzosamente á combatir con unos y con otros y á amonestar á unos y á otros. Deciales á los labriegos, por ejemplo, que exageraban las ideas, que violentaban los procedimientos; y al par deciales á los señores que provocaban con sus tiranías las exageraciones y las violencias. En su sentir todo podria arreglarse, si los señores trataran á los campesinos como sus semejantes en Cristo y no como sus bestias de carga. Al comienzo de la lucha, su mayor empeño consistia en procurar medios de acomodamiento. Así, dirigiase con igual imperio á los campesinos y á los señores.

A los señores feudales rogábales que diesen treguas por Dios á su tiranía y pusiesen límites á sus exacciones. Y luego les advertia que los campesinos redactaran doce artículos, con algunas demandas tan rectas, que, de negarlas, se deshonraria la nobleza germánica. Algo mas que ellos demandaba el Profeta en sus libros, los cuales aprendidos por quien debiera haberlos escuchado, evitaran la terrible gravedad de aquellos trances. Pero sus palabras pasaron como ráfagas de viento por el aire; y no se puede negar á los labriegos la libre eleccion de sus curas, cuando dicen que los quieren para que les prediquen la verdad divina y los santos evangelios. Hasta en la parte económica da la razon á los revolucionarios y dice, que precisa cerrar los sumideros por donde se va el oro aleman, para que alguna cantidad de él, por mínima que sea, quede en el exhausto bolsillo de los trabajadores. Y al mismo tiempo se dirige á estos y les dice que no puede desconocer como la tiranía feudal pesa sobre sus espaldas ni apartar el pensamiento de sus gravámenes contra los cuales ha predicado largamente en los oidos de los señores. Pero á pesar de esto no le parece bastante tener razon en el fondo de las pretensiones, sino tenerla tambien y en alto grado por la forma en que se pidan y presenten. Quien no procede en conciencia y con justicia, está seguro de un castigo tremendo. Y lo peor que encuentra en los campesinos es la apelacion á la fuerza. Quien toma la espada perecerá por la espada, ha dicho Dios mismo. Y San Pablo ha dicho que toda alma debe á la autoridad someterse. Quien apela

á las rebeliones, jamás podrá decir con derecho que apela á los Evangelios. El castigo pertenece al Señor; porque solo el Señor es verdadero juez. Si cada cual se constituyera en autoridad y magistratura, segun su arbitrio, huirian del mundo la razon y el derecho, quedando solamente la depredacion y la muerte. Quien no sabe sufrir, no merece que la cruz lo haya redimido. Despues de estas reflexiones Lutero se presenta delante de los insurrectos como el ejemplar acabado y perfecto de todo cuanto puede un hombre decidido á defender la causa de la verdad sin apelar á la espada de la violencia. Papas y Emperadores lo han perseguido y lo han excomulgado; y á estas persecuciones materiales y morales solamente ha opuesto la tranquila serenidad de su fe. Y al llegar á este punto habla, cual decirse suele entre nosotros, por sus heridas y encarece el mal que han hecho á la obra evangélica los revolucionarios con el cúmulo de las exageraciones revolucionarias. En su sentir quien apele á la guerra, no puede llamarse cristiano, sino menos, mucho menos que infiel é idólatra. Sean cualesquiera las banderas que se desplieguen, los principios que se invoquen, las armas que se esgriman, guerra y guerra pagana será esta discordia sangrienta lo mismo de parte de los labriegos que de parte de los señores. Las peticiones en el fondo no resultan á los ojos de la conciencia humana erróneas ó injustas; y sin embargo las invalidan y las deshonran la guerra y la violencia.

Despues de hablar así, dirigiase á los dos partidos en la siguiente peroracion: «Puesto que, amigos míos, ni unos ni otros defendeis cosa cristiana y obráis juntamente contra Dios, renunciad, yo os lo pido, á toda violencia. Sino, entregareis nuestro pueblo aleman á matanza sin término. Ambos á dos llegareis á perderos, y Dios castigará tremendamente á un malvado por medio de otro malvado. Vosotros, nobles alemanes, teneis en vuestra contra la historia y el Evangelio, los cuales enseñan como todo tirano ha sido irremisiblemente castigado. Mirad las tiranías de los imperios asirio, persa, griego, romano; todas han perecido por la espada, despues de haber por la espada comenzado. Dios ha querido probar con esto que solo él merece la denominacion de juez sobre la tierra. Y vosotros, labriegos, teneis tambien ¡ay! en contra vuestra la Escritura y la experiencia. Jamás revolucion alguna tuvo próspero término. Quien desenvaina la espada, perece por la espada. Aun

suponiendo que triunfeis de los ejércitos señoriales, os desgarrareis unos á otros como alimañas feroces. Dios no tardará, no, á soplar sobre todos su espíritu de destruccion como lo hizo con Siquen. Insensatos, ¿qué os han hecho esos niños, esas mujeres, esos ancianos arrastrados en vuestra perdicion; para que empapeis la tierra en sangre y hagais tantas viudas y tantos huérfanos? ¡Oh! Satanás se regocija; Dios se halla en su mas tremenda ira; y pronto la desencadenará contra vosotros. Precaveos á una, porque á todos sin excepcion os alcanzará seguramente. ¿Para qué condenaros tan de grado, despues de haber visto vuestra patria ensangrentada y desierta? Concordaos amistosamente. Vosotros, nobles, si me oís, renunciareis al ultrajante orgullo que tarde ó temprano habeis de abdicar al fin, y endulzareis vuestro poder en términos que pueda el pobre gozar á su vez un tanto de holgura. Vosotros, labriegos, ceded á vuestra vez, y abandonad alguna de las pretensiones contenidas en vuestros artículos, que van demasiado léjos. Si no seguís mi consejo, llegareis á las manos; pero no recaerá sobre mí la pérdida ni de vuestra sangre, ni de vuestros bienes, ni de vuestras almas. Sobre vosotros y solamente sobre vosotros pesarán castigos y pecados. Los que mueran se condenarán irremisiblemente. Que mis consejos fructifiquen. Amén.»

Como se ve, durante los primeros dias de la guerra, Lutero apareció animado de un sentido, en el cual dominaba por completo la idea salvadora de concordar los ánimos y las inteligencias discordes. Mas, en la exaltacion de las pasiones, en el fragor de los combates, en el recrudescimiento de las antiguas heridas, en el odio generador de toda guerra, los partidos en armas desoian las voces de concordia y se aprestaban á la desolacion y al exterminio. Munzer creído, en sus visiones magnéticas y en su sobreexcitacion nerviosa, que Dios le confiara la espada de Gedeon, despertaba las tribus germánicas con acentos parecidos á los martillazos del dios Thor en la montaña, donde anidan los dioses sanguinarios, protegidos por las encinas seculares y envueltos en los mantos de niebla. Sus gritos desaforados, sus palabras cortantes, sus onomatopeyas que imitaban el centellear de las lanzas y el tronar de los cañones, anunciaban todos los horrores que luego repitió servilmente la guerra. En su ira, creyendo la palabra de Lutero invencible obstáculo al combate y al triunfo, volvióse contra el Profeta y le baldonó con toda clase

de baldones. Hipócrita, reaccionario, muelle, cortesano le llamó en los espasmos de su furiosa elocuencia. Herir una de estas almas inspiradas, una de estas complexiones artísticas, una de estas naturalezas superiores; sensibles por necesidad, pues, de no serlo, faltáranles aquellas cualidades supremas, con cuya virtud levantan y encrespan á las muchedumbres; herir una de estas almas, equivale á desgarrarlas y atormentarlas en crueles suplicios tan horribles por la intensidad del dolor que despiertan como por la duracion. El Profeta, pues, se sintió como lacerado por aquellas palabras que le llegaban á lo mas vivo del corazon, á causa de venir del lado de sus antiguos discípulos. Hasta tal momento Lutero se vió combatido por los partidarios de la estabilidad, por los Príncipes de la romana Iglesia, por las bulas de los Papas, por los rescriptos de los Emperadores: ahora, en este supremo instante, profetas como él, revolucionarios como él, oradores de la libertad como él, la sangre de su sangre, el pensamiento de su alma le denuesta y le denigra con una ingratitud que debia doblemente amargarle. Así álzase, cual si una víbora le hubiera picado, retuércese cual en los dias de mayor esfuerzo y combate, embriágase con esas cóleras á las cuales debe sus indignaciones mas elocuentes, y asiendo la pluma convertida en espada, colócase como el genio del odio y del exterminio á la cabeza de los señores y les incita tristemente á la venganza, contrayendo por la ceguera de un dia tremenda responsabilidad ante el eterno juicio de la historia. En su sentir, todo hombre tiene derecho natural á constituirse en juez y en verdugo sobre las insurrecciones, las cuales se asemejan á los incendios en que al comienzo tienen fácil remedio, y descuidadas, todo lo devoran y consumen. Nada le parece tan diabólico por sus caracteres, tan verdaderamente infernal por sus consecuencias, como la ciudadanía de un pueblo tomada por el vértigo de las revoluciones violentas. Todo el mundo tiene la obligacion de irse encima de los rebeldes; y herirlos, y disolverlos, y acosarlos, hasta acabar con ellos en público y en privado. Hay que tomarlos por bestias feroces; porque, no tiene remedio, precisa al verlos, ó matarlos ó morir á sus manos.

Estas desatentadas salidas del exaltado Lutero le dañaban mas á él mismo que á sus enemigos. Así, en la Iglesia luterana hubo general sentimiento por tan excesivas palabras. Todos los adictos á su persona, condenaban la